En Lux Moreno, *Gorda Vanidosa. Sobre la gordura en la era del espectáculo*. Buenos Aires (Argentina): Ariel.

# Prólogo: Diversidad corporal, salud y violencias al acecho.

Moira Pérez.

Cita:

Moira Pérez (2018). *Prólogo: Diversidad corporal, salud y violencias al acecho. En Lux Moreno Gorda Vanidosa. Sobre la gordura en la era del espectáculo. Buenos Aires (Argentina): Ariel.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/moira.perez/48

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/pra0/svr

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de* acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

LUX MORENO

# GORDA VANIDOSA

Sobre la gordura en la era del espectáculo

Ariel

Por dentro y por fuera: la gorda vanidosa
como modo de resistencia ..... 119

**Capítulo 4. Las tecnologías del cuerpo** ..... 127
El control de los cuerpos:
una mirada histórica sobre el deporte..... 127
*Crossfat* o algunas alternativas
a la contradicción ..... 143

**Capítulo 5. La opción de la identidad**
**corporal: elegir ser gordo**..... 149
La gorda invisible..... 149
El *fast-food* de las identidades..... 157
El cuerpo como identidad..... 159
La ficción de los cuerpos..... 165
Las estrategias comunitarias ..... 169

**Conclusión. No es solo**
**una cuestión de rollos** ..... 175
Una vida posible a través del activismo
gordo: las alianzas y el porvenir..... 181

**Agradecimientos** ..... 189
**Bibliografía**..... 191

## PRÓLOGO
# DIVERSIDAD CORPORAL, SALUD Y VIOLENCIAS AL ACECHO

**Moira Pérez**

En este preciso momento, miles de personas están mirándose al espejo y pensando —como lo hizo Lux Moreno alguna vez— que su cuerpo no vale nada. Conscientes de lo que implica para ellas circular por el espacio público, ser blanco de miradas reprobatorias, de esos comentarios a media voz que desgastan la autoestima como la gota que horada la piedra, quizás decidan no salir a la calle hoy.

Pero también hay otras tantas personas que de mil formas distintas afirman su valor en contra de todo aquello que les enseñó y enseña todos los días la cultura en la que vivimos. Personas que construyen comunidades afectivas, reinventan sus posibilidades y resignifican sus cuerpos. Olvidar esta realidad, olvidar que tal empoderamiento no solo es posible, sino que efectivamente existe, es otro modo de reafirmar el estereotipo de que hay ciertos cuerpos que están condenados a la tristeza, el fracaso y la soledad.

*Gorda vanidosa* logra articular estas dos realidades, exponiendo cada una en su importancia y su urgencia, pero también sus complejidades y contradicciones internas. Y lo hace de una manera que, aunque se enfoca específicamente en la gordura, el peso y la talla, puede aplicarse a distintos puntos del espectro que denominamos "diversidad corporal", donde muchas experiencias, reflexiones y urgencias son compartidas.

***

El territorio de la diversidad corporal está poblado de personas marcadas (por su cuerpo, su género, su edad, o lo que fuere) que no son vistas como individuos, sino como ejemplares de su "tipo", como un "caso" de su especie. Y en la medida en que el "tipo" se ancla en ciertas características físicas, ese sujeto se reduce a su corporalidad. Cuando un sujeto es "anormalizado" pasa a ser "hipercorporizado", esto es, su cuerpo adquiere un protagonismo absoluto y resulta el único foco de atención, perdiendo así su historia y cualquier otro rasgo de su identidad (Planella y Pie, 2012). No solo eso: lo que denominamos "el cuerpo" es en realidad una parte muy específica de él: aquella que es señalada como deficiente o en falta. De esta manera, se evidencia una reducción del sujeto al cuerpo y de este al aspecto que ha sido "anormalizado" (por ejemplo, la talla). Y cualquier cosa que esa



persona haga no logrará, a los ojos de gran parte de la sociedad, más que reforzar los preconceptos que circulan acerca de "su tipo". Además, para la mirada externa la característica por la cual aquella persona es marcada inunda todo su ser, su existencia y sus cualidades. Así, el "tipo" —*persona gorda,* en el caso que nos convoca— pasa a funcionar como llave hermenéutica integral del sujeto, esto es, como la clave con la que interpretamos todos los aspectos de su existencia. El hecho de percibir a una persona como gorda no afecta solamente el juicio estético o médico que tenemos sobre ella (dos ámbitos fundamentales que, por cierto, Moreno no deja de problematizar). Ubicar a una persona en el ámbito de la gordura, al igual que con otras formas de diversidad corporal, tiñe también los juicios que podemos llegar a tener acerca de ella desde el punto de vista funcional (qué puede o no hacer), moral (si es una persona buena, virtuosa, correcta) e incluso epistémico (si y qué puede saber, comprender o enseñarnos). Bajo este punto de vista, evaluar la talla de una persona es también evaluar, probablemente sin darnos cuenta, su belleza, su salud, sus capacidades físicas, su virtud y su inteligencia o la fiabilidad de su juicio. Y afirmar que una persona es gorda implica, en la mayoría de los casos, convencernos implícitamente de que se trata de una persona fea, enferma, con capacidades físicas limitadas, e incluso poco razonable.

La multiplicidad de aspectos sobre los que, de manera tal vez imperceptible, irradian estos juicios puede hacer difícil definir el fenómeno en los términos sencillos de la "discriminación" o la "perspectiva del perpetrador", la idea de que hay una persona "inadaptada" que hace daño a otra explícitamente y con la intención de hacerlo, en un evento que puede ser recortado y señalado para, por ejemplo, denunciarlo. Por el contrario, se trata muchas veces de fenómenos que no se presentan como episodios aislados y grandilocuentes, y que se suman a otra infinidad de pequeñas prácticas cotidianas, a menudo sin un agente definido, que sedimentan en la subjetividad, a lo ancho de todo el espectro de la diversidad corporal. Algo así como lo que Lauren Berlant (2007) denominó "muerte lenta", aunque las enseñanzas de los Estudios Gordos nos obligan a una crítica profunda de su perspectiva. En lo que nos interesa aquí, la muerte lenta designa a aquellos modos de condena que someten a ciertos cuerpos, marcados por pertenecer a un determinado colectivo, a una seguidilla de experiencias cotidianas, cada una olvidable o poco llamativa, pero que aportan a una "atmósfera" de malestar y sufrimiento físico y/o mental. Como se afirma en estas páginas, "ser gorda no es una narración de un día, sino un *collage* extenso de experiencias de exclusión y discriminación": la muerte lenta no tiene que ver con asesinatos escandalosos sino con,



podríamos decir, una desinversión en la vida de ciertos sujetos que parecen no ser importantes.

Esa desinversión puede escudarse, paradójicamente, en una pretendida preocupación por la salud de la persona que está siendo descuidada. Pensemos por ejemplo en el discurso de la "voluntad", tópico recurrente en este libro, así como lo es en la vida de muchas personas clasificadas como gordas. El cuerpo gordo resulta uno sobre el que se puede opinar, al igual que el cuerpo gestante ("¿Te estás cuidando la presión?", "No podés comer eso") o trans*[1] ("¿Pensaste en operarte?"). Como veremos en seguida, se trata de sujetos a quienes con frecuencia se despoja del derecho básico a ser expertos en sus propios cuerpos. En el caso de las diferencias de talla, estas opiniones suelen orbitar en torno a la idea de voluntad, constancia y pereza. La persona gorda es juzgada estética y moralmente como alguien que no quiere cuidar su

1. Sigo aquí una práctica habitual en el activismo y la academia trans*, que utilizan *trans** con asterisco como término paraguas inclusivo de todas aquellas personas que no se identifican con el género y/o el sexo que les fue asignado al nacer. En palabras del filósofo Blas Radi, se trata de "una estrategia de intervención visual, sonora, semántica y política" que, entre otras cosas, evita atar lo trans a una identidad específica, o restringir el alcance del término a una lista limitada de recorridos, que nunca agotará la heterogeneidad de experiencias sexo-genéricas posibles (Radi, 2018).

propio cuerpo, lo cual justifica la intromisión ajena, y a la vez permite que se desatiendan sus necesidades más básicas "por su propio bien": "Hasta que no bajes de peso, no te atiendo", "Bajá unos kilos y te presento a alguien", "Si vos no te querés cuidar poner bien, no me pidas que te ayude". ¿Qué hay detrás de todas esas opiniones tan obscenas y aun así tan cotidianas? Desde la perspectiva de los estudios y el activismo gordo, resulta difícil creer que se trata de "preocupación" sincera y auténtica. La preocupación, como explica Sarah Hollowell (2017), tiene forma amorosa, es humilde y acompaña a la persona amada en el camino que sea que le toque transitar. En la salud y en la enfermedad, por ejemplo. Esta falsa preocupación, por el contrario, es invasiva, impone su carga moral sobre quien no necesita más estigma, y con frecuencia carece por completo de empatía. Tal vez no cumpla otro propósito más que el dar luz verde a la intervención de otras personas sobre un cuerpo ajeno y hacerlas sentirse bien porque lo hacen.

Una dinámica en la que se hace particularmente evidente esa imposición es la de la visibilidad/invisibilidad de los cuerpos gordos, que constituye otro de los ejes recurrentes del libro. En un agudo análisis desde distintas coyunturas, Moreno nos muestra cómo se trata de cuerpos que a la vez son hipervisibles, en tanto no pasan desapercibidos y atraen la atención impúdica de cualquier transeúnte, e invisibles, en el sentido



de que no se les permite ser blanco de las miradas del deseo, no forman parte de las representaciones que circulan socialmente (publicidades, medios masivos de comunicación, figuras públicas) y no se ve de ellos más que su talla. Que los cuerpos gordos son hipervisibles queda en evidencia en trabajos como los de la fotógrafa Haley Morris-Cafiero, quien tras darse cuenta de que sus retratos en el espacio público estaban rodeados de miradas inquisidoras, decidió ir a la caza de esos ojos de personas desconocidas, produciendo un impactante caudal de trabajo que hace carne eso que Moreno llama "un escrutinio sin fin". Pero junto con el gesto de arrojar ese cuerpo a la disposición del público, sus miradas y opiniones, también está su contrapartida: se trata de un cuerpo invisible en tanto no tiene acceso al reconocimiento o "visibilidad social", a la vez que las barreras que enfrenta día a día parecerían no llamar la atención de (casi) nadie. Incluso podemos decir que se le exige que se vuelva invisible, ya que ese cuerpo en el espacio social molesta. Correrse, ocupar solo su lugar (mientras menos mejor), no tocar, no arrimarse, no quedarse, son llamamientos implícitos pero implacables en esa guerra contra la diversidad corporal. Una guerra en la que el espacio público parece un campo de batalla clave, junto con los dispositivos médicos y la administración estatal.

Cada una de esas opiniones, exigencias y desinversiones se suman para formar el circuito por el que

transita cotidianamente un cuerpo oprimido por su diferencia, una senda plagada de mecanismos de violencia más o menos explícita, invisibles para quienes no los padecen y/o no quieren verlos. El privilegio, podría decirse, es un camino sin obstáculos o, mejor dicho, la posibilidad de caminar sin que todo eso que se nos interpone sea un obstáculo. Para quien no tiene un cuerpo gordo, un cuerpo trans*, un cuerpo racializado, ese camino se presenta como sencillo y despejado; para el resto, puede llegar a ser un trayecto plagado de escollos que requieren una batería de estrategias para poder avanzar. Es así que Sara Ahmed (2013) describe al privilegio social como un mecanismo de ahorro de energía, en tanto aquellos cuerpos "que caben" pueden entrar en una institución y habitarla prácticamente sin esfuerzo, mientras quienes de alguna manera no cumplen con las normas vigentes tienen que hacer una serie de esfuerzos adicionales que los llevan al agotamiento. Una parte no menor de ese agotamiento proviene del esfuerzo emocional de tener que mostrar y explicar a quienes no están teniendo dificultades que allí existe un problema, y que no yace en la persona que "no entra", sino en la institución que no le permite entrar. Y que la solución no es simplemente olvidarlo, no darle importancia o arreglárselas por alguna vía alternativa (y mucho menos modificar ese cuerpo "inadaptado"). Mostrar, una y otra vez, que la solución —como el



problema— es institucional, no individual. Que cada situación puntual es simplemente una sinécdoque de una institución expulsiva, y la institución lo es de la sociedad en la que se inserta.

Expandir la mirada a la escala social nos sirve también de recordatorio de que los tópicos que aquí se analizan no pueden ser pensados recortando la diversidad corporal de otros tipos de diversidad, ni la gordura de otros ejes dentro del espectro de los cuerpos diversos. No solo porque cualquier opresión es más que la suma de sus partes —como nos enseñaron las pioneras del feminismo interseccional, ser oprimida en tanto "mujer negra" es más que la suma de "ser oprimida por ser mujer" y "ser oprimida por ser negra"—, sino porque el cuerpo, la alimentación, la actividad física, las enfermedades, son todos fenómenos históricos en los que convergen pertenencias culturales, étnicas, raciales, de clase y de género, entre muchas otras. Olvidar estas intersecciones lleva indefectiblemente a universalizar la ubicación hegemónica, o la propia (si es que no coinciden), y atribuir sus características a todos los casos. Puede llevarnos a olvidar, por ejemplo, que no todas las culturas contemporáneas coinciden en el culto a la delgadez, o que para algunas personas no se trata de qué quieren comer, sino de a qué alimentos pueden acceder (por su precio, por su disponibilidad o por las prácticas culturales vigentes). De hecho, Moreno señala

un punto interesante al analizar la transformación de la oferta de actividad física, que se reduce a cápsulas cada vez menores para poder convivir con un ritmo de trabajo propio de este contexto que el activismo gordo ha llamado "capitalismo magro". Es decir, no es posible pensar la economía de los cuerpos sin pensar la economía en su sentido clásico, y las necesidades del mercado que, entre otras cosas, ejerce presión sobre toda la población para que entre en el circuito de consumo como cuerpos en régimen. No obstante, pensar en escala colectiva no implica evadir nuestro aporte individual a estos problemas (el que muchas experiencias no tengan un "perpetrador" evidente no implica que nadie tenga incidencia directa e individual sobre los destinos del resto de las personas). Así, la experiencia de leer *Gorda vanidosa* —aunque en ningún momento se presente como una condena o escarmiento para quien lee— puede ser una buena ocasión para reflexionar acerca de cómo contribuimos, desde nuestras actitudes cotidianas (profesionales, amorosas, de amistades, en la calle), a ese extenso *collage*.

***

¿Cómo es posible que convivamos con esto? ¿Cómo es que sigue intacto este nivel de violencia, todos los días, todo el día, contra miles o millones de personas de todas las edades? Tal vez encontremos algunas



claves para responder a estos interrogantes en una noción tan recurrente como ambigua: la "salud". Son muchas las medidas que han sido tomadas —o descartadas— en nombre de la salud, ya sea individual o colectiva. En el caso de la diversidad corporal, la salud ha sido probablemente el sustento más poderoso para justificar los esfuerzos por reencauzar las características físicas de la población a aquello que se espera de nuestros cuerpos. En nombre de la salud se han impuesto planes alimenticios por sobre costumbres ancestrales, se ha intervenido todo tipo de cuerpos de manera violenta, no consentida, y en muchos casos innecesaria, se han impuesto programas de cribado eugenésico en países enteros, y por supuesto se ha arrojado sobre las personas gordas una condena social que no tiene tiempo para verificar su bienestar real o los indicadores físicos correspondientes. El hecho de que estas y otras prácticas se lleven adelante bajo la bandera de la "salud" las hace difíciles de cuestionar, debido a la fuerte carga moral del término, que coloca automáticamente la crítica del lado de quienes atentan contra tan preciado bien.

Pero ¿qué queremos decir exactamente con "salud"? ¿Cómo puede ser que en nombre de la salud se perpetúe el sufrimiento de tantas personas alrededor del mundo? Lejos de ser una categoría autoevidente, reflexiones tales como las que ofrecen las páginas de este libro nos muestran la urgencia de desentrañar

los distintos sentidos y supuestos que encierra la idea de "salud" tal como se la entiende actualmente. Ante todo, suele entenderse que existen dos estados posibles, la salud y la enfermedad, siendo el primero el estado "por defecto", esperable en cualquier persona, y el segundo uno contingente, del que hay que salir a toda costa, lo más rápido posible. A primera vista parecería ser una pretensión razonable: después de todo, ¿quién quiere vivir en la enfermedad? Pero no es tan sencillo como parece, entre otras cosas porque el que mi cuerpo sea sano o enfermo (pues con frecuencia no se trata solo de "estar" —circunstancialmente— en un estado de enfermedad, sino de "serlo") no es algo que defina yo. La autoridad epistémica acerca de la salud no es de quien porta el cuerpo, ni parece ser esa la persona que más sabe sobre su propia corporalidad, sino que es definida por un conjunto de "especialistas". Bajo este modelo paternalista o de tutelaje, se supedita a las personas etiquetadas como "gordas" a una gestión externa (Contrera y Cuello, 2016), proveniente de la institución médica, diversas agencias del Estado, o algún otro dispositivo de control social. Paradójicamente, aunque la autoridad del individuo no es suficiente para diagnosticar el estado de enfermedad ni para salir de él, sí resulta suficiente para atribuirle la culpa por haberse llevado a sí mismo a esa condición. Encontramos así, por un lado, aquel reclamo recurrente acerca de la "falta



de voluntad" al que nos referimos más arriba y, por el otro, la "pornografía de la inspiración" (las innumerables historias de quienes "triunfaron", "le ganaron a la enfermedad", o "lograron cosas pese a su condición"; al respecto véase, por ejemplo, Grue, 2016). Por último, el concepto de "salud" suele entenderse como universalizable, esto es, aplicable de igual manera a todos los cuerpos. El Índice de Masa Corporal (IMC), contra el que *Gorda vanidosa* argumenta con suma inteligencia, es un ejemplo claro de esto: una medida antropométrica pretendidamente universal, que define el carácter sano o enfermo de un cuerpo sin atender a edad, etnia, origen geográfico, ni a ningún otro factor, y justifica todo tipo de intervenciones (o la falta de ellas).

El concepto de salud así entendido puede funcionar como un instrumento para el ejercicio de distintas formas de violencia, desde la violencia médica que impone prácticas innecesarias y a menudo perjudiciales hasta la violencia epistémica de ignorar la palabra de la persona que lleva ese cuerpo. Es por esto que resulta tan importante hacer lugar a paradigmas alternativos, tales como los que nos ofrecen la academia y el activismo Gordo, Trans*, Queer, Intersex, y el movimiento por la diversidad funcional. Se trata, en cierto sentido, de una cuestión de vida o muerte. Estas corrientes nos han enseñado a comprender las atribuciones de "cuerpo sano" y "cuerpo enfermo"

como categorías construidas y recreadas a partir de relaciones de poder, disputas por definir lo humano e intereses económicos, todo ello oculto bajo el manto de la "neutralidad" científica. Nos ayudan a ver cómo a menudo aquello que distingue la "salud" de la "enfermedad" es en realidad la capacidad de adaptación al sistema de producción, en el sentido de que estar bien termina siendo, concretamente, estar en condiciones de trabajar (Hevda, 2016), al punto de que comenzamos a pensar que estamos mal cuando no podemos hacerlo. En otros casos, o los mismos, acercarse a la designación de "cuerpo sano" implica renunciar a características centrales de la propia identidad. Las "terapias de cura" de la orientación sexual o la identidad de género son los casos más evidentes de este tipo de canje nefasto: quien quiera —o necesite— su rótulo de "saludable" tendrá que dejar de ser aquello, o reconocer que en realidad "nunca lo fue". Similarmente, una persona gorda puede encontrarse en la obligación de tener que elegir: para obtener el pasaporte al país de la salud (que, cabe aclarar, no necesariamente implica ser de hecho saludable), debe renunciar a su talla. A la vez, como nos advierte Moreno aquí, "nadie se ajusta a los límites para la policía de los cuerpos [porque] siempre nos estamos excediendo" de una manera u otra.

Todo esto no significa, desde ya, negar la existencia de las enfermedades o del malestar que puede



sentir un cuerpo, sino más bien pensar qué mecanismos se ponen en juego para la clasificación y delimitación de las distintas condiciones y la atención que reciben (o no) por parte de la medicina, la farmacología, el Estado e incluso el "sentido común". Considerar también la condición humana como una condición de vulnerabilidad, en tanto todas las personas necesitamos de otros (como afirma Moreno, "ningún cuerpo es autosuficiente") y, a la vez de fortaleza, que se evidencia una y otra vez en alianzas de solidaridad, tales como las que se reconocen en este libro. Contra lo que la autora llama un "proceso de hiperindividualización", resulta central el aporte de las comunidades plurales, los flujos de afecto y cuidado que no se agotan en un libro, sino que convergen en él desde múltiples lugares, lo rebasan y lo proyectan hacia el futuro. Comunidades que, lejos de estar aisladas de la sociedad, se articulan y crecen junto con otros activismos, haciéndolos evolucionar a su vez en la lucha conjunta contra las distintas formas de opresión que convergen en nuestros cuerpos. A fin de cuentas, se trata de desentrañar los sentidos que los tiranizan e idear canales que aporten al bienestar real y efectivo de todas las personas, distinguiendo "salud" de "normalización" y celebrando la infinita pluralidad de los cuerpos y los modos de llevarlos.

*Gorda vanidosa* es una invitación a generar mundos en los que haya lugar para lo singular y para lo común:

la singularidad heterogénea de los cuerpos y las personas que los habitan y la comunidad de políticas y afectos, aunque no idénticos ni absolutamente armónicos. En este punto, el concepto mismo de "diversidad corporal" es un comienzo promisorio: refleja el hecho de que la variedad de cuerpos es algo que existe, que debe ser reconocida, respetada y cuidada, contra la aplanadora de un sistema cultural avasallante. Como no se cansa de repetir la bióloga Brigitte Baptiste, si hay algo que caracteriza a la naturaleza es la producción de la diferencia y, así como nos planteamos la obligación de preservar la biodiversidad, deberíamos ser capaces de comprender la importancia de cuidar y defender la heterogeneidad humana, respetando el derecho de cada persona a ser lo que es, o a transformarse en lo que quiere ser.

## Referencias

Ahmed, S. (17/11/2013): "Feeling Depleted?" [entrada de blog], en *Feminist Killjoys*. Disponible en: http://feministkilljoys.com/2013/11/17/feeling-depleted/. Fecha de consulta: marzo de 2018.

Berlant, L. (2007): "Slow Death (Sovereignty, Obesity, Lateral Agency)", en *Critical Inquiry*, 33(4): 754-780.

Contrera, L. y Cuello, N. (2016): "Lectura crítica de la Ley de Trastornos Alimentarios", en Contrera, L. y Cuello, N. (eds.), *Cuerpos sin patrones*, Editorial Madreselva, pp. 109-125.

Grue, J. (2016): "The Problem with Inspiration Porn: a Tentative Definition and a Provisional Critique", *Disability & Society*, 31(6): 838-849.

Hevda, J. (2016): "Sick Woman Theory", *Mask Magazine*, 24 (enero). Disponible en: www.maskmagazine.com/not-again/struggle/sick-woman-theory. Fecha de consulta: marzo de 2018.

Hollowell, S. (21/08/2017): "If you're right about your fat friend's health" [entrada de blog], en *Medium*. Disponible en: https://healthcareinamerica.us/if-youre-right-about-your-fat-friend-s-health-94a3ae1bd0ca. Fecha de consulta: marzo de 2018.

Planella, J. y Pie, A. (2012): "Pedagoqueer: resistencias y subversiones educativas", en *Educación XXI*, 15(1): 265-283.

Radi, B. (2018): "Políticas del conocimiento: Hacia una epistemología trans*", en Link, D. (comp), *Los mil pequeños sexos*, EDUNTREF, en prensa.